

por Europa hasta su extremidad occidental. El erudito Vau-doncourt, siguiendo las sabias investigaciones de Bayer, Schlo-zer y Adelung sobre el origen de los pueblos de Europa, hace á los iberos los *aborígenes* de España (1). Suponen muchos que la lengua que hablaban estos pueblos fuese la misma que hoy conservan y hablan todavía los vascos ó euskaros; y no es de extrañar que habiendo sido estos los que mas resistieron la dominacion romana y donde se hizo menos sensible su influjo, pudiera conservarse en ellos el idioma que primitivamente hablaron los españoles. Afirman, no obstante, otros eruditos y respetables autores haber sido el primitivo idioma de la poblacion ibera el hebreo-fenicio, ó un dialecto del hebreo, del cual pretenden demostrar haber quedado á la lengua española una tercera parte de sus voces (2). Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestion entre los filólogos.

Incontestable parece tambien la existencia posterior de los celtas, que vinieron á disputar á los iberos la posesion de la Península. Mucho tiempo se ha cuestionado, y creemos que tampoco esta cuestion se ha resuelto todavía, sobre si existieron los celtas en España antes que en la Galia y emigraron de aquí allá, como pretenden entre los nuestros Masdeu y Florez, fundados en un testimonio de Herodoto, ó si invadieron la Península por las gargantas de los Pirineos, viniendo de la Galia, como nos inclinamos á creer con Humboldt, por la marcha de Este á Oeste que llevaban todas las grandes emigraciones de los pueblos primitivos. De todos modos, esta nueva raza, belicosa, bárbara, y semi-nómada tambien, se mezcló con los iberos, llegando á dividirse entre sí el país y á formar una nacion bajo el nombre de celtíberos; bien fuese sin guerrear y por medio de pacíficas alianzas y matrimonios, como indica Estrabon, bien despues de largas luchas, como lo atestigua Diodoro de Sicilia, y era mas natural que acaeciese entre gentes que habitaban de largo tiempo un país, y otras que le invadían para posesionarse de él de nuevo. En una de estas guerras debió ser cuando algunas tribus iberas arrojadas de sus territorios, emigraron á su vez y se derramaron por los pueblos de Italia con los nombres de ligurios y sicarios, llevando allí su idioma y sus costumbres.

Poblada la Península por estas dos grandes razas, al paso que se iban extendiendo fraccionábanse en tribus mas ó menos numerosas, llegando á subdividirse en términos que cada comarca componía una pequeña nacion ó tribu independiente, á que las ayudaba la material organizacion del territorio, desconociendo por otra parte en su estado incivil la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y de gobernarse con unidad.

De su distribucion y de sus costumbres solo tenemos las noticias que nos han suministrado los escritores griegos y romanos, únicos pueblos civilizados cuyos escritos hayan llegado á nosotros. Pero conviene no olvidar que las relaciones de estos escritores se refieren á la España tal como la encontraron los romanos cuando la invadieron sus armas, y que entonces habia sufrido ya la Península las dominaciones, aunque parciales, de tres pueblos cultos. Pero las revoluciones intestinas que entre sí habrian tenido las primitivas razas no pudieron serles conocidas sino cuando mas por imperfectas tradiciones. De suponer es, no obstante, como en el principio de nuestro discurso dijimos, que al paso que fueran asentándose en las diversas comarcas y zonas, irían contrayendo hábitos, ocupaciones, vínculos diferentes, y que los intereses de localidad y de tribu ocasionarian choques y guerras entre los moradores de los vecinos territorios: sucesos de la infancia de las sociedades, mas fáciles de adivinar que de encontrar quien los trasmite. Sin embargo, como los fenicios, los griegos y los cartagineses solo habian estado en inmediato contacto con los habitantes de las costas, de las riberas de los grandes rios y de las llanuras ó comarcas abiertas, las costumbres que nos describen de los moradores del interior y de las regiones mon-

tuosas, conócese que habian sufrido muy poca alteracion, pues presentan toda la rudeza y ferocidad propias de los pueblos nacientes.

La poblacion céltica, diseminada por toda la costa septentrional y occidental de la Península, dividíase en cinco grandes y poderosas tribus, los cántabros, los vascones, los astures, los galláicos y los lusitanos, que ocupaban los países que hoy poco mas ó menos comprenden las provincias Vascongadas y Navarra, las Asturias, Galicia y Lusitania ó Portugal, si bien no es tan exacta la correspondencia de los antiguos y de los modernos límites, que los astures y los galláicos, por ejemplo, no se extendiesen entonces por una buena parte del reino de Leon y de Castilla la Vieja, los lusitanos por las Extremaduras y Castilla, los vascones por Aragon, y los cántabros por la actual provincia de Santander. Subdividíanse además estas tribus en multitud de pequeñas poblaciones ó grupos, tanto, que al decir de Estrabon, eran quince las que componian la nacion galláica, y sobre cincuenta las fracciones en que se compartian los lusitanos.

Ocupaba la raza ibera el Mediodía y el Oriente de España, dividida tambien en porcion de tribus, de las cuales eran las principales, los turdetanos, que se extendian por la costa de la Bética ó Andalucía hasta una parte de la Lusitania; los bástulos, que habitaban al Este del estrecho, en lo que hoy es Ronda y el condado de Niebla; los beturios, que poblaban las cercanías de Sierra Morena; los bastetanos, en la costa de Múrcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Múrcia y de Valencia; los edetanos, que ocupaban tambien parte de Valencia y de Aragon hasta confinar con la Celtiberia; los ileravones, que se asentaban entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, ausetanos, indigetes, lacetanos, ceretanos ó ilergetes: por último, los gymnesios, ó habitantes de las Baleares: casi todos subdivididos tambien en pequeñas tribus como los celtas.

Habitaba el centro de la Península la raza mixta de los celtíberos; sus principales tribus, segun Estrabon, eran los arevacos, los mas poderosos de todos, al Sur del Duero; los carpetanos, en la comarca de Toledo por donde corre el Tajo; los vacceos, por la parte donde está hoy Palencia; los oretanos, en lo que riega el alto Guadiana: siendo los límites de la Celtiberia, por el Norte las sierras de Urbion y de Oca, por el Sur el Orospeña, por el Este las sierras de Segura y de Alcaraz, habiendo variado mucho por Occidente, hasta llegar en una época cerca de las costas del Mediterráneo.

No hemos fijado los límites precisos de cada uno de estos pueblos, por la frecuencia con que debieron variar, y porque seria de desear tambien mayor conocimiento del que respecto á las alteraciones de cada época pudieron tener los antiguos geógrafos. Ni hemos mencionado todas y cada una de las subdivisiones de tribus, ya por la escasa importancia histórica que algunas tienen, y ya tambien porque muchas de ellas omitieron los mismos escritores griegos y romanos so pretexto de la repugnancia que dicen les causaba lo poco armonioso, si ya no lo ridículo de sus nombres (3). Estrabon da por excusa de su silencio la difícil y semi-bárbara pronunciacion que tenían (4). Plinio no menciona sino las que eran fáciles de pronunciar en latin (5). Y á Marcial le sirvió de tema la rusticidad de sus nombres para sus punzantes epigramas (6).

Groseras y rústicas tenían que ser las costumbres de estos primitivos pueblos. Expresaremos algunos de sus rasgos caracte-

(3) Sin perjuicio de explicar en el texto, segun que de ello se va ofreciendo ocasion, la correspondencia de los nombres antiguos de las comarcas y poblaciones con los modernos y actuales, damos por apéndice al final de este primer volumen una tabla ó catálogo alfabético de los mas importantes y que tenemos por mas averiguados, con expresion de la provincia actual á que pertenece cada region ó pueblo de los que allí se nombran. Los que acaso no expliquemos en el discurso de la obra, los podrá fácilmente encontrar allí el lector, á no ser que, ó sean poblaciones que hayan dejado de existir, ó se ignore todavía ó sea muy dudosa su correspondencia.

(4) Estrabon, lib. III, cap. IV.

(5) *Latiali sermone dictu facilia*. Plin.

(6) *Rides nomina? rideas licet*. Epigr. lib. IV, epist. 55.

(1) Llámase *aborígenes* á los primeros moradores de un país, ó sea *indígenas*, para distinguirlos de los *alienígenas*, ó que han inmigrado despues.

(2) Cortés, Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua.— Tom. II, pág. 49.—García Blanco, Gramática hebrea, tomo III, pág. 79 y sig.



terísticos, tales como nos han sido transmitidos por los mas antiguos historiadores.

Distinguíanse los habitantes de las montañas por su ruda y agreste ferocidad. Estrabon pondera en términos acaso demasiado enérgicos la fiereza de los cántabros. Intrépidos y belicosos, de genio indomable y ánimo levantado, contentos y bien hallados entre la fragosidad de sus bosques, en guerra siempre con otras gentes por sostener su independencia, negábanse estos montañeses á toda transaccion y aun á toda comunicacion con los demás pueblos. Su furor marcial llenó de terror á cuantos intentaron su conquista.

Servíanse de una especie de escudos llamados *pellas*, y de armas ligeras como el venablo, la honda y la espada, propias de gente que necesitaba de agilidad para sus asaltos y correrías de montaña. Los jinetes tenían sus caballos acostumbrados á trepar por sierras y colinas; y al modo de los astures, no menos guerreros que ellos, solian montar dos jinetes en un mismo caballo, para poder combatir, cuando el caso lo requiriese, á pié el uno y á caballo el otro. Hacíaseles insostenible la vida sin el arreo de las armas, y cuando la falta de vigor los inutilizaba para la guerra, preferían la muerte á una vejez que tenían por desdolorosa, y la buscaban precipitándose de lo alto de una roca (1). Pródigos y despreciadores de la vida, si se veían amenazados de esclavitud, apelaban al suicidio; y si les faltaban armas, recurrían á un tósigo de que iban siempre provistos, y que decían mataba sin dolor.

Viéronse en la guerra cantábrica rasgos de heroísmo salvaje, que eclipsan las rudas virtudes bélicas de los espartanos. Madres que clavaban el acero en los pechos de sus hijos para no verlos en poder del enemigo: padres y hermanos, que hallándose prisioneros mandaban al hermano ó al hijo que los matase para no ser esclavos; hijos que lo ejecutaban, y soldados que clavados en una cruz cantaban alegres himnos en honor de sus dioses.

Ni por eso eran desconocidos los afectos del corazón á aquellas rústicas gentes. Los vínculos de la amistad los llevaban á tal extremo, que en consagrándose á un jefe ó caudillo, de tal manera ligaban y compartían con él su buena ó mala fortuna por toda la vida, que no se vió un solo ejemplar de que, muerto él, rehusaran morir todos, ni siquiera nadie sobrevivirle (2). Admirable fidelidad, por lo mismo que caía en tan groseros corazones.

Refiérese de una de estas tribus que hacia su bebida favorita de sangre de caballo (3), á estilo de los sármatas y de los masagetas: y afirmase tambien que para limpiarse los dientes y encías usaban de un repugnante líquido, cuyo nombre dejamos al poeta Cátulo expresar en idioma latino (4). Las mujeres labraban los campos; y por mas extraña que nos parezca la costumbre de hacer las recién paridas acostarse á sus maridos y asistirles con mucho cuidado y esmero, así nos lo atestiguan los escritores romanos, y no es este solo el pueblo de que se refiere tan extravagante singularidad.

Ágiles y astutos los lusitanos, diestros en armar asechanzas y en descubrir las que á ellos les ponían, hacían sus evoluciones militares con admirable orden y facilidad. Usaban pequeños escudos cóncavos atados con correas sin asas ni hebillas, puñal ó machete, casco con penacho y cota de armas de lino. Algunos se servían de lanzas con los botes de cobre. Combatían á pié ó á caballo, á la ligera ó armados de todas armas: la guerra era su estado casi habitual; valientes, pero inconstantes de suyo.

Sóbrios y frugales sobremanera como todos los habitantes de las montañas, sustentábanse las dos terceras partes del año con pan de bellotas; bebían una especie de sidra ó cerveza; el

(1) *Cum pigra incantat atas  
imbelles jam dudum annos praevertens saxo:  
nec vitam sine Marte pati.*

Sil. Ital. lib. III.

(2) *Neque adhuc hominum memoria reperitur esse quisquam, qui eo interfecto cujus se amicitia deovisset, mori recusaret.* Caesar, lib. III, cap. 22.

(3) *Et letum equino sanguine Concanum.* Horat. lib. III, od. IV.

(4) *Quod quisque minxit, hoc sibi solet manere  
dentem et russam deficere gingivam.*

poco vino que producía el país le consumían en los festines de familia. En esos banquetes se sentaban en poyos por orden de edad y de dignidad, y despues danzaban al son de una flauta ó trompeta. Dormían en el suelo sobre haces de yerba, cubiertos la mayor parte con túnicas negras ó sacos oscuros. Las mujeres gastaban trajes rústicamente bordados. Los de tierra adentro traficaban entre sí por medio de cambios, si bien á veces empleaban por moneda pequeñas laminitas de plata que cortaban á medida que las necesitaban para pagar los objetos comprados.

Exponían los enfermos en los caminos públicos, al modo que lo practicaban los egipcios antiguamente, por si algun transeunte conocía por propia experiencia la enfermedad y el remedio. Apasionados de los sacrificios, que ofrecían á una especie de divinidad guerrera, servíanse de las entrañas de los cautivos para sus adivinaciones, y desde el momento que la víctima recibía el golpe fatal sacaban los primeros augurios del modo ó postura en que caía. Cortaban la mano derecha á los prisioneros de guerra, y los consagraban á sus dioses. Tenían tambien sus hecatombes, á semejanza de aquellas de que hablaba Píndaro cuando dijo: «Inmolad cien víctimas de cada especie de animales.» El suplicio de los reos de muerte era la lapidacion, y sacaban á los parricidas fuera de las fronteras, ó por lo menos de las poblaciones para aplicarles la pena.

De las tribus galláicas que moraban cerca del Duero dícese que no hacían sino una comida diaria muy sencilla y frugal, que se bañaban en agua fria, y que se frotaban dos veces al día el cuerpo con aceite al modo de los lacedemonios.

Atribúyese á los astures haber sido los primeros entre aquellas naciones bárbaras en dedicarse á la explotacion de minas y al rebusco del oro, hasta el punto de llamarlos Silio Itálico *avaros astures*, y Lucano *pálidos escudriñadores del oro* (5); si bien solían tropezarse con los galláicos sus vecinos, ocupados en la propia operacion en las sierras aledañas de ambos países. Dícese que era frecuente en Galicia al labrar la tierra enredarse el arado en gruesos pedazos de oro, y que habia en sus fronteras un bosque sagrado al cual era prohibido aplicar el hierro: «solamente, añade Justino, cuando el rayo hendía la tierra, se permitía recoger el oro puesto así al descubierto como un presente de la divinidad (6).»

Aparte de alguna ocupacion propia de alguna de las mencionadas tribus, entiéndese que en lo general los cántabros, vascones, galláicos, lusitanos y astures, asemejábanse mucho en las costumbres y manera de vivir.

Dominando, á lo que parece, entre los celtíberos la raza celta sobre la iberá, tenían mucho de comun con las tribus de que hemos hecho mérito, pero diferenciábanse ya en costumbres y en genio. Tambien los celtíberos, como los cimbríos y como los cántabros, cifraban su gloria en perecer en los combates, y consideraban como afrentoso morir de enfermedad. Tambien adoraban un dios sin nombre, al cual festejaban en las noches de los plenilunios, bailando en familia á las puertas de sus casas. Pero esto no impide el que dieran culto á *Elman*, á *Endovellico*, y á otras divinidades, segun atestiguan las inscripciones, bien indígenas, ó bien originarias de la Fenicia, como conjetura Depping (7). Natural es la idea de un culto religioso aun en los pueblos mas bárbaros; y lo que Estrabon dice de los galláicos, que no se les conocía religion alguna, suponemos significará que no se sabia adorasen ningun dios de la teogonía pagana.

El traje celtíbero era una ropilla negra ú oscura, hecha de la lana de sus ganados, á que estaba unida una capucha ó capuchon, que le dió el nombre de *sagum cucullatum*, con la cual se cubrían la cabeza cuando no llevaban el casquete, adornado con plumas ó garzotas. Al cuello solían rodearse un

(5) *.....Astur avarus  
visceribus lacerae telluris, etc.* Sil. Ital. lib. I, vers. 231.

*.....Astur scrutator pallidus auri.* Lucan. t. IV, vers. 298.

(6) *Delectum aurum, velut Dei munus, colligere permittitur.* Just. Libro XLIV.

(7) Tomo I, página 212.

## TIPOS DE LA EPOCA PRIMITIVA

El primer grupo está sacado de unas esculturas descubiertas hace pocos años en el Cerro de los Santos, procedentes de la ciudad de Ela, antigua colonia ibero-fenicia. Son trajes al parecer de sacerdotisas, notables singularmente por sus extrañas tocaduras, variedad de túnicas, prolijidad de adornos, etc., acusando algo del gusto egipcio y de la fastuosidad asiática. Monumentos tan raros de una época desconocida, tienen sumo valor arqueológico, y en este concepto el menor dato á ella referente abre ancho campo á curiosas investigaciones.

*Guerrero fenicio.*—En el museo de Tarragona hay dos lamparillas lacrimatorias de barro que representan de relieve, la una un soldado ó guerrero fenicio en ademán de acometer y la otra uno ya rendido. Es indudable la hermandad de entrambas, y preciosa su representacion de unos tipos apenas conocidos. La armadura consta de casco ligero de nervios entrelazados, *torómaco* justo de piel ó tela recia, *armila* de hierro para defensa del antebrazo, faldileta sobrepuesta, flejes de cobre cubriendo los muslos y *ocreas* de plancha en la pierna como las usaban etruscos y griegos. Su mano derecha empuña un corto machete, y la izquierda abraza la *pelta*, escudo característico de los celtíberos.

De estos se compone el último grupo, sacado de tipos numismáticos, en que aparece muy repetida la forma airosa y ligera del traje y armamento entre aquellos pueblos indómitos, cuyo arreo eran las armas, y su descanso el pelear. Visten todos el *sac* ó sayo nacional, regularmente de color oscuro, al que solían acompañar un manto ó abrigo rayado á veces, llamado *virgata ságula* y mas adelante *striges*. Llevan morrion comato en la cabeza, coselete de planchas, broquelillo, espada y lanza, y boreguies por calzado.



TIPOS DE LA ÉPOCA PRIMITIVA

El primer grupo que aparece en esta serie de tipos primitivos es el de los iberos. En el fondo de la lámina se ve un grupo de iberos, que son los que más se parecen a los tipos primitivos. En el primer grupo que aparece en esta serie de tipos primitivos es el de los iberos. En el fondo de la lámina se ve un grupo de iberos, que son los que más se parecen a los tipos primitivos.



TIPOS DE LA ÉPOCA PRIMITIVA.

1 a 5 - Ibero-egipcios, copiados de las antigüedades del Cerro de los Santos - 6. Fencio, de una lampanilla existente en el museo de Tarragona.  
7 a 11 - Celtiberos de monedas y medallas de la época.



collar; y una especie de pantalon ajustado completaba su sencillo uniforme. En las guerras usaban espadas de dos filos, venablos y lanzas con botes de hierro, que endurecian dejándole enmohecer en la tierra. Gastaban tambien un puñal rayado, y se alaba su habilidad en el arte de forjar las armas. Presentábanse ya á pelear á campo raso: interpolaban la infantería con la caballería, la cual en los terrenos ásperos y escabrosos echaba pié á tierra, y se batía con la misma ventaja que la tropa ligera de infantería. El *cuneus*, ú órden de batalla triangular de los celtíberos, se hizo temible entre los guerreros de la antigüedad. Las mujeres se empleaban tambien en ejercicios varoniles, y ayudaban á los hombres en la guerra.

De entre las tribus celtíberas la que conservó por mas tiempo los hábitos de la vida nómada fué la de los *vaccéos*. *Late videntes* los llama Silio Itálico. Pastores, agricultores y guerreros á un mismo tiempo, veíanse precisados para pelear á dejar guardados sus cereales en silos, especie de hórreos ó graneros subterráneos, donde se conservaban bien los granos por largo tiempo (1). Aun subsisten muchos en los pueblos de la Vieja Castilla, y la curiosidad ha movido muchas veces al autor de esta historia á bajar á estos silos y á examinarlos. Distribuíanse los *vaccéos* las tierras que habian de cultivar cada año, y se repartían su producto, considerando el suelo como una propiedad comun: el que ocultara alguna parte de estos frutos era castigado con la última pena (2).

Habia entre los carpetanos una tribu que vivía en cavernas aisladas. Moraba en una colina al Norte del Tajo.

Mucho menos toscos eran los que habitaban entre la costa oriental y los Pirineos. Los barcos representados en las medallas encontradas en los campos de Tortosa prueban que los moradores de la costa se daban ya al tráfico marítimo, y no es inverosímil ó que estuvieran ya mezclados con los pelasgos y tirrenios, ó que al menos mantuviesen tratos y relaciones con los etruscos de la opuesta costa de Italia. Valerosos y tenaces en defender su libertad nos pintan á los edetanos ó ilergetes. El sol y la luna eran los principales dioses que adoraban aquellos pueblos.

Iban los de las Baleares á la pelea, ó enteramente desnudos, llevando en la mano un pequeño broquel y un venablo quemado por la punta, ó cubiertas sus carnes con pieles de carnero á manera de zaleas, que nombraban *sisyrnas*. Ponderada fué siempre su habilidad y destreza en el manejo de la honda, y al decir de Lucio Floro, las madres no daban á sus hijos mas sustento que aquel que puesto en el hito acertaban ellos á tocar con la piedra lanzada con la honda (3). Diodoro, hablando de las tres hondas de distintos tamaños que parece acostumbraban á llevar aquellos insulares, dice que una la llevaban ceñida á la cabeza, otra al rededor de la cintura y otra en la mano (4).

Distinta era ya la cultura de los iberos que poblaban la costa meridional de la Península. Establecidos de inmemorial tiempo en el templado litoral del Mediterráneo, ó en las amenas márgenes del Bétis ó del Guadiana, es de creer que la belleza de aquel cielo, la dulzura del clima y la feracidad de aquel suelo privilegiado, habrían modificado su originaria rusticidad y hecho que gustasen mas de la vida sedentaria y quieta, y que fuesen menos turbulentos y guerreros que los pueblos del interior y de las montañas; sin que por eso hubiesen perdido del todo sus rudos instintos, ni dejaran de resistir con vigor y energía á los pueblos invasores. Los monumentos religiosos que dicen haberse hallado sobre el Promontorio Cunéo testifican la rudeza de los cinesios, pues segun

(1) Por cincuenta años el trigo, y por ciento el mijo, segun Varron, de quien lo tomó Plinio, lib. XVIII, cap. 30.

(2) Diod. Sic. lib. V.

(3) *Cibum puer á matre non accipit nisi quem, ipsa monstrante, percussit.* Flor. Lib. III, cap. 8.

(4) Diodor. lib. V, cap. 18.

Estrabon y Artemidoro, reducíanse á tres o cuatro piedras sobrepuestas, y conforme á una tradicion conservada de padres á hijos, cada vez que los navegantes abordaban á aquel lugar mudaban las piedras y las cambiaban de posicion, contentándose con dirigir algunas preces á aquella especie de altar movable y de obelisco rústico (5). Tambien, segun Valerio Máximo (6), inmolaban, como los cántabros, á los ancianos imposibilitados de llevar las armas.

En tal estado debieron encontrarlos los fenicios á su arribo. Mas habiendo sido las costas meridional y oriental de la Península las que primero recibieron la influencia de los tres pueblos civilizados que diremos despues, natural es que cuando los conocieron los romanos hallaran ya en aquellos pueblos otra cultura y otras costumbres mas blandas y suaves. Estrabon y Polibio hablan en términos magníficos y pomposos de la civilizacion de los turdetanos. Suponen que hacia nada menos que seis mil años que poseían leyes escritas en verso. Por esta cuenta se remontaba la civilizacion turdetana á tiempos muy anteriores á la creacion del mundo segun la Escritura. Mas de la confusion y embarazo en que esta especie pudiera ponernos, sácanos con facilidad Diodoro de Sicilia, Varron, Plutarco, Lactancio, Suidas y otros no menos graves autores, enseñándonos la costumbre de muchos pueblos antiguos, de contar, no por años solares, sino por años de estaciones ó meses: en cuyo caso, siendo verosímil que ellos contasen por estaciones de á tres meses, coincidirían los primeros rayos de civilizacion que recibieron los turdetanos con el arribo de los primeros colonizadores.

De todos modos, no es en el estado civil de los habitantes de las costas de Mediodía y Levante donde hemos de buscar el tipo de las costumbres de los primitivos pobladores de España, sino en los que ocupaban el Norte, el Occidente y el centro de la Península, en los que no habian sido modificados con el influjo de las colonias.

Los rasgos comunes y característicos de estos pueblos eran la rusticidad, la sobriedad, el valor, el desprecio de la vida (7), el amor de la independencia, la tendencia al aislamiento, y por consecuencia la falta de unidad. Separados y como aislados del continente europeo, y mas todavía de las demás partes del mundo, parecían destinados á pasar una vida ignorada y una existencia oscura. Veamos ahora cómo fueron entrando á participar del movimiento social del mundo antiguo, no olvidando el fondo de carácter creado por las primitivas razas, que veremos ir sobreviviendo, bien que con algunas modificaciones, á los siglos, á las dominaciones y á las conquistas (8).

(5) Estrab. lib. III, cap. 4.

(6) Lib. XIII, vers. 471.

(7) *Prodiu gens animae et properare facillima mortem.* Tit. Liv. libro XVIII.

(8) Son mas sabidos los nombres antiguos de España que conocido y cierto el origen y segura la etimología de cada uno. El de *Iberia*, aun concedido que aparezca dado por primera vez en el Périplo de Scilax de Caryanda, como 500 años antes de Jesucristo, y bien sea derivado del rio *Iber* ó *Iberus*, bien, como pretende Astarloa, de las palabras vascas *ibaya eroa*, rio espumoso, parece el de mas natural aplicacion al país en que habitaban los *iberos*. El de *Spania*, dado, segun la opinion comun, por los fenicios, creemos que se derivara de la palabra *span*, que significa *escondido*, por estar esta comarca como escondida y oculta para ellos á una extremidad del mundo. Parécenos la significacion de *conejo*, á que se presta tambien la palabra *span*, fundamento demasiado pueril para poner nombre á toda una region, por mas conejos que en ella se encontraran, y por mas que las medallas de Adriano representen una mujer sentada, con un conejo á sus piés, que dicen ser emblema de la España. De *Spania* hicieron los latinos *Hispania*, y los españoles *España*. Llámanla tambien los griegos *Hesperia*, país de Occidente, por la situacion geográfica que ocupa con relacion á la Grecia. El nombre fenicio es el que ha prevalecido con poca alteracion. El de *Iberia* se usa todavía en estilo poético. Volúmenes enteros se han escrito sobre estos nombres, sin que tan largas disertaciones hayan producido sino conjeturas, pudiéndose reducir las mas probables á las que en estas breves líneas hemos expuesto.